

“TRAGEDIA Y REALIZACIÓN DEL ESPÍRITU”, por don Enrique Molina

Ejemplo de vitalidad espiritual singular es el que nos da don Enrique Molina con su fecunda y renovada actividad espiritual. Parece que para él el tiempo no pasara con su carga de quebrantos físicos y morales, como anuncio inexorable de que la vida tiene su término fatal y de que nuestro cuerpo y espíritu sólo logran un fugaz estado de plenitud. Basta leer los ensayos que forman este último libro suyo para darse cuenta de que su voluntad está tensa y recia y de que su espíritu no sólo se muestra ágil, sino también con ese optimismo de quien disfruta de los goces superiores de la vida integralmente.

Esta actitud vital de don Enrique Molina la encontramos a través de sus exégesis filosóficas, como una constante que, acaso en su sentido más profundo, constituye el secreto de su existir. El desengaño, la decepción, el pesimismo, la angustia, la desesperanza, la amargura, que de modo permanente, sutil e implacable, van resquebrajando la contextura anímica aun del más fuerte, no han rozado siquiera la enteriza personalidad del maestro penquista.

No sólo ha sido él un explorador sagaz de los ámbitos filosóficos, en una rebusca pertinaz para extraer las esencias que han inquietado a antiguos y modernos. Ha conformado su propia conducta a esos principios morales y espirituales que considera como fundamentales del ser que aspira a una vida socialmente eficaz. De esta suerte ha sabido aunar la contemplación introspectiva, el mirarse a sí mismo en un proceso de autoanálisis, con la acción realizadora al dar al mundo circundante su experiencia y saber, en hechos que materializan su propia vida interior.

“El espíritu—dice—tiene que sacar de sí mismo las fuerzas para sobreponerse a su angustia y éstas las encuentra en sus virtudes y en dos realizaciones supremas. Estas no son otras que el amor desinteresado y el valor. Comprendemos que insinuamos con esto último recursos difíciles porque lindan con la santidad y el heroísmo.

Reclaman del arco del alma su tensión máxima. El amor desinteresado lleva en sí la ventaja de no dejar, desde luego, lugar para la desilusión y el desencanto y cabe afirmar de él también lo que he dicho de la música en mi *Confesión Filosófica*: “que nos transporta al centro de una de las formas del misterio y así vierte sobre nuestro espíritu su virtud de apaciguamiento y su don de goces superiores. El misterio dejó de inquietarnos por instantes porque pasamos a sentirnos en medio de él. Nuestro afán de conocer se transforma y satisface en un gozoso acto de vivir”. “El valor, por su parte, es la afirmación rotunda del espíritu en sí mismo, es la desestimación de todo lo que pueda amagarlo desde fuera. Tener valor es hacer de sí mismo un universo completo” (págs. 20 y 21).

Las líneas precedentes confirman nuestro juicio anterior de que su conducta moral y social, y su gozosa vitalidad son la resultante de sus reflexiones filosóficas sobre el Ser y la Vida conjugados inseparablemente.

Sus meditaciones sobre el sentido de la muerte y de la vida reafirman su concepción optimista y de no aceptar la negación conformista ni la resignación abúlica frente a la realidad ineluctable de la caducidad de las cosas humanas. Tampoco se aventura en juicios categóricos—afirmativos o negativos—ante el misterio que significa la desintegración material del Ser. Prefiere ahondar en los problemas intrincables que ofrece la vida, lo cierto y tangible, antes que ambular por las tinieblas de lo que se ha dado en llamar “el más allá”. “No cabe, por desgracia—dice—afirmar nada con certidumbre sobre el más allá; pero, ¡cuidado!, que por la misma razón tampoco cabe negar nada. El desolado credo del existencialismo de que el hombre sea un ser para la muerte y nada más, se halla tan fuera de prueba como la gloria eterna. Esto nos aconseja una actitud abierta y modesta ante el misterio, actitud que nos dará amplitud de espíritu y que no está reñida ni con las investigaciones de nuestra inteligencia ni con afanes de progreso. Con lo que nos encontramos en plena indagación sobre el sentido de la vida” (pág. 38).

Con esa claridad expositiva que singularizan los estudios filo-

sóficos de don Enrique Molina, nos da una amplia y penetrante visión de la vida y obra de Descartes. No se limita en su estudio a una mera exposición de la filosofía cartesiana, pues hace una interpretación de ella a la luz de conceptos filosóficos actuales. Así, analiza la opinión que Descartes ha merecido al conocido filósofo católico contemporáneo, Maritain, quien acusa a Descartes de “haber hecho de la explicación mecanicista el único tipo concebible de explicación científica; de haber reivindicado para nuestra inteligencia la autonomía perfecta, la independencia absoluta, reemplazando el arte creador y la obra de Dios por el mundo imbécil del racionalismo, principio secreto de la disolución de nuestra cultura y del mal que aqueja al Occidente apóstata” (pág. 63). Concluye Maritain diciendo: “Así como la reforma luterana es el gran pecado alemán, la reforma cartesiana es en la historia del pensamiento moderno el gran pecado francés. El cartesianismo representa no tanto lo que es vida y mensura en nosotros, sino más bien lo que es exceso y franqueza”. Don Enrique Molina estima increíbles estos apasionados juicios del filósofo del socialcristianismo, pues Descartes, reiteradamente declaró su fe religiosa y su creencia en el Dios de los católicos.

Como siempre, don Enrique Molina adopta una actitud ecléctica, de equilibrio, de justo medio. Sus juicios parecen expurgados de todo subjetivismo arbitrario y de enfáticas afirmaciones. Prefiere desmenuzar, bucear en las profundidades del pensamiento, extraer esencias conceptuales y exhibir cuanto ha recogido en sus redadas filosóficas. Y ello tiene su corroboración más amplia en el ensayo “La sabiduría de los griegos”, con que finaliza el libro que comentamos.

No podríamos decir con propiedad que vuelve, en este ensayo, a ahondar en el alma helénica, pues creemos que él siempre ha vivido inmerso en ella, hasta llegar a identificar su propia vida con la práctica de algunas de las virtudes más distintivas de la filosofía griega, como es la *sofrosine*: prudencia, moderación, sobriedad, modestia, dominio de sí mismo. Al evocar las figuras señeras del pensamiento clásico, expresa don Enrique que no son sólo “sombras

venerables". Son, para él, "espíritus amigos que viven al lado de nosotros, que viven para nosotros y que, cuando queremos escucharlos, saben hablarnos con sus palabras y con su ejemplo de las buenas cosas eternas de la vida. En nosotros está hacer nuestra jornada por el mundo en tan bien inspirada y delectable compañía" (página 165).

Bien decíamos que no se había separado jamás de esas compañías, que su espíritu ha vivido en ese mundo superior que llega a nosotros a través del arte, la literatura y la filosofía griegas. Mientras el pensamiento contemporáneo rebulle en medio de contradicciones y absurdos, angustiado por trágicos avatares, tratando de interpretar las circunstancias en torno, don Enrique Molina rinde culto a Apolo, símbolo de serenidad, de equilibrio y de armonía. Los tormentos donisíacos, las torturas barrocas, el agonismo existencialista no alteran la claridad y sencillez de su estilo, que es trasunto de su condición anímica forjada dentro de los moldes clásicos imperecederos.  
—MILTON ROSSEL.



"HIJO DEL SALITRE", por *Volodia Teitelboim*

Hay que tener talento, un talento de primer orden para escribir novelas en cuyo argumento va encerrada la intención política, sin que ella se advierta a primera vista. Porque si no se posee una inteligencia superior y un espíritu de verdadero artista es muy fácil caer en el sermón o en la diatriba contra el enemigo o la idea que se combate. La intención debe ir como una vena profunda desde la cual emane el flúido en que a la larga trascienda la idea que se quiere llevar adelante y aunque sea el motivo permanente, no se convierta en ostensible obsesión que prevenga al lector en contra del novelista que pretende disfrazar su anhelo bajo la exterioridad de una obra de arte,